

ARMIN ÖHRI

*El Gabinete
de los Ocultistas*

El segundo caso de Julius Bentheim

Traducción de Elisa Martínez Salazar



Prusia, Año Nuevo de 1865. El barón Valentin von Falkenhayn ha organizado una grandiosa celebración en su palacio urbano. Allí tiene lugar una sesión de espiritismo a la que asisten trece individuos, y que se revelará mortal. El terror se apodera de la región desde esa misma noche, cuando el farmacéutico de la localidad, participante en el encuentro, aparece aplastado por lo que se describe como el atroz sonido de unos cascos de caballo. La prensa de Berlín se hace eco de la noticia: trece fueron los invitados a la reunión y trece es el número perfecto para que todos comiencen a hablar de una maldición en la zona. En contra de la opinión pública, el joven estudiante de leyes Albrecht Krosick pasa a la acción y funda «el Gabinete de los Ocultistas», que también constará, adrede, de trece miembros. Pero las muertes no cesan, y su gran amigo Julius Bentheim, dibujante para la policía y detective aficionado –a quien ya conocimos en *La musa oscura*–, tendrá que enfrentarse al caso y a sus propios fantasmas.

Índice de contenido

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

- Capítulo veintidós
- Capítulo veintitrés
- Capítulo veinticuatro
- Capítulo veinticinco
- Capítulo veintiséis
- Capítulo veintisiete
- Capítulo veintiocho
- Capítulo veintinueve
- Capítulo treinta
- Personajes históricos
- Sobre el autor

Para Edwin

Se abalanza sobre mí con espantosa ira,
me chupa la sangre de miembros y mejillas,
de mis labios y boca aspira el aliento
y exhala el aire sepulcral en mi pecho.

Johann August Apel: *Das Schreckbild*

CAPÍTULO UNO

En la Nochevieja de 1865, los invitados se reunieron para invocar a los espíritus y ninguno de ellos sospechaba que, al final de la velada, se encontrarían con un cadáver. El castillo campestre de Buckow fue el escenario de los festejos. El barón Valentin von Falkenhayn –inquilino temporal– los había invitado a un copioso banquete seguido de una sesión espiritista. El camino de acceso a la casa señorial de dos plantas, con espacio suficiente para que coches de punto y coches de viaje diesen la vuelta, ascendía ligeramente y desembocaba en el pórtico de entrada. Sobre una estrecha puerta de dos hojas había un rosetón semicircular; durante el día, la luz del sol lo atravesaba y todo el vestíbulo quedaba iluminado.

Ya casi eran las siete de la tarde cuando un landó tirado por dos caballos giró desde la carretera principal hacia el terreno del castillo. El joven caballero cuyo rostro se hizo visible en la ventana lateral contemplaba el paraje alumbrado por la luna. Sobre los parterres había nieve, un esplendor blanco que centelleaba al brillo de los astros nocturnos y transportaba al pasajero del carruaje a un mundo de cuento. Las cimas de los abetos, maquilladas con el polvo de la nieve, se sucedían con rapidez al pasar el coche; los caballos levantaban la fresca y fina escarcha con sus cascos. La zona de jardines, con sus macizos de flores dispuestos de forma rigurosamente geométrica, parecía algo barroca. El landó tomó una curva para dirigirse a los primeros edificios accesorios, situados delante del

castillo, y su ocupante volvió la vista ante las palabras que le había dirigido la persona que le acompañaba, sacándole de sus pensamientos.

–Ha sido todo un detalle por parte de Gideon el enviarnos al campo en su lugar –dijo el viajero en tono distendido–. No lo tiene fácil como comisario de policía: siempre de servicio, disponible a todas horas, mientras otros van a la caza del placer. ¡Ay! ¿Qué digo, Julius? ¿Otros? ¡Nosotros! ¡Nosotros nos divertimos, nosotros somos los que descorchamos el champán!

Los labios de Julius Bentheim esbozaron una leve sonrisa al oír a su amigo hablar así. Esa misma tarde los dos compañeros, estudiantes de leyes, se habían puesto en marcha desde Berlín; vivían juntos cerca de la Universidad Friedrich Wilhelm, bajo el techo de la viuda de un oficial. Albrecht Krosick era el nombre del mayor de ellos, y había convencido a su colega para hacer la excursión al campo. La propuesta de celebrar la Nochevieja en la Suiza de la Marca de Brandemburgo^[1] provenía de Gideon Horlitz, un comisario de la gendarmería prusiana con el que los dos habían trabado amistad.

–En realidad, estamos invitados mi esposa y yo –había explicado Horlitz a Albrecht cuando se cruzaron en el antiguo palacio del gran mariscal de campo, Von Grumbkow, en Molkenmarkt–. Pero estoy de servicio y mi Clara no quiere viajar sola.

–Y el señor de la casa, ¿sabe que nos manda a nosotros en su lugar?

–Puedo enviarle un aviso, si así lo prefiere. Pero no tendrá nada en contra, Albrecht, se lo aseguro. Va usted recomendado por mí.

–Eso me honra. Pero ¿no estaremos fuera de lugar?

–¿Estaremos?

–Le pido disculpas. Comprenderá que me lleve a Julius... El pobre necesita empezar a distraerse de una vez.

Está insoportable desde que desapareció su novia. Todo ese mal humor, señor comisario... Es una calamidad.

Horlitz, benévolo, le dio una palmada en el hombro:

–Sí, lléveselo, una idea excelente...

Los estudiantes salieron de la estación Küstriner hacia el este y recorrieron un tramo de la línea que en el futuro uniría Königsberg con la capital. Poco antes de Strausberg, donde terminaba la red ferroviaria, se apearon y pararon un landó. Mientras las ruedas del carruaje avanzaban a trompicones sobre la nieve rechinante, Albrecht Krosick contemplaba a su acompañante a la débil luz de un farol aceitoso.

Julius Bentheim celebraría pronto su vigésimo cumpleaños. El atractivo contorno de su rostro y la punzada levemente melancólica que expresaban sus ojos quedaban resaltados por la falta de sombrero. No se lo había puesto, ya que había decidido peinarse y engomar su pelo castaño, y todo ello le confería un aire de especial elegancia. Albrecht solo era un poco mayor que su amigo y, a la vez, algo más enjuto y de un carácter de natural alegre, rasgo que aquel día reprimía a sabiendas.

En el exterior apareció ante ellos un edificio auxiliar, un granero de paredes entramadas con un cobertizo para los carros y espacio de almacenaje para las gavillas de cereal. El cochero les comunicó poco después, a través del tubo acústico, que en breve llegarían al castillo de Buckow.

El landó redujo la marcha hasta que se detuvo en una explanada situada ante el edificio, alumbrada con antorchas y faroles de gas. Bentheim abrió la portezuela y bajó del coche. Cuando miró a su alrededor, vio otros carruajes: varias calesas sencillas, pero también una pomposa berlina con blasones en la caja. Al lado había un mozo de cuadra, diligentemente ocupado en refrenar a un caballo encabritado. El estudiante siguió la escena hasta que su atención se posó sobre dos sirvientes que se les aproximaban cubiertos con gruesos paletós. Mientras uno de

ellos instruía al cochero sobre dónde podía aparcar su vehículo, el otro recibía a los dos recién llegados.

–Si me acompañan los señores, por favor... –dijo finalmente–. El barón los espera.

Bentheim le susurró a Albrecht:

–No dijiste nada sobre un barón cuando me invitaste.

–El barón Valentin von Falkenhayn. Pensé que no tenía importancia.

–¿Que no tenía importancia? ¿Cómo se dirige uno a un barón? Es algo que deberíamos saber, ¿no crees?

–Con «Su ilustrísima». O simplemente como señor Von Falkenhayn. Relájate, Julius, la noche será deliciosa. Estarán presentes algunos amigos nuestros. No vamos a estar entre extraños, no del todo.

Bentheim respiró hondo mientras les guiaban hacia el interior del edificio. Sobre el vestíbulo al que habían entrado había una galería de retratos de miembros de la familia pomerana de los condes de Flemming, la cual solo era accesible a través de una escalera curvada. Situado entre los cuadros, llamaba la atención su escudo de armas familiar: un lobo saltando, con la lengua y las garras rojas. El sirviente les señaló unos percheros de pared para los abrigos que tenían a su derecha. Las baldas de un armario abierto al que le faltaban las puertas hacían las veces de bandejas para los sombreros.

–Aquí tienes, mi valioso nomenclátor^[2] –dijo Albrecht burlón, mientras dejaba caer un par de monedas en la mano del hombre y le entregaba su capa–. Ve y anuncia nuestra llegada.

–Qué amable –respondió el hombre imperturbable, y les indicó que lo siguieran alargando el brazo. El criado los condujo hacia una estancia que se encontraba a una temperatura templada y agradable, que se extendía como una sala abovedada por la parte central del edificio. A la izquierda se hallaban dos mesas dispuestas para la cena. A la derecha, junto a una puerta doble, se alzaba un reloj

de pie. De cara al jardín, cerraba el espacio una cristalera con unas vistas inigualables a la naturaleza que podía ofrecer Buckow, probablemente un panorama extraordinario y ameno a la luz del sol. El pueblo estaba situado en un circo glaciar originado en la Edad de Hielo, rodeado por cinco lagos y una cadena de colinas boscosas. Dado que el interior de la sala se había iluminado con cierta exigüidad, el paisaje cubierto de nieve destellaba con aún más claridad y desplegaba un encanto del cual era difícil sustraerse. Un pequeño conjunto de personas –aproximadamente, una docena de hombres en compañía femenina– se encontraba de pie junto a las ventanas disfrutando de la vista. Algunos se dieron la vuelta cuando el sirviente anunció a los estudiantes, y un hombre de pelo rubio con frac y pantalón ceñido se separó del grupo y se dirigió hacia ellos.

–¡Bienvenidos, señores! Han llegado justo a tiempo para el aperitivo. Deben ser los sustitutos del comisario Horlitz. Jóvenes y fuertes, ni más ni menos que la nueva generación prusiana –dijo con gran satisfacción, y les tendió la mano a ambos. Una línea clara en su cuello mostraba la cicatriz de una antigua herida–. Con su permiso, me presento: soy el barón Falkenhayn. ¿Se unen a nuestro grupo, señor... Krosick?

–Bentheim. Julius Bentheim. Mi amigo es el señor Krosick.

–Maravilloso. Magnífico. Vengan, les presento a las damas y a los caballeros.

Con la grandeza propia de un hombre de mundo, la voz del barón retumbó por la sala:

–Amigos míos, me permito presentarles a los señores Bentheim y Krosick. La juventud de Prusia, nuestro futuro.

–¡Vaya, vaya! –se oyó la voz de un hombre que se les aproximaba–. Así que nos volvemos a ver. Espero que ustedes dos no estén aquí por motivos profesionales. Nues-

tro último encuentro no tuvo buena estrella, considerando dónde tuvo lugar.

–¿Se conocen? –preguntó el barón.

–Frecuentamos la casa de la señora Lewald –contestó el hombre, cuyos ojos brillaban juveniles. El pelo de su bigote había crecido un poco desde su último encuentro y sus patillas se extendían como musgo salvaje–. Coincidimos por última vez hace tres meses, con motivo del *affaire Goltz*.

–Oh, el caso de asesinato Kulm. Un asunto espantoso –dijo el anfitrión–. Puesto que son asistentes al salón de la señora Lewald, daré la instrucción de cambiar el orden de las mesas. Hay algunos literatos aquí, si no me equivoco, ¿no es cierto, Theodor? Pero ahora discúlpenme, querría informarme de cuándo se servirán los entrantes.

Hizo una reverencia, y Julius, Albrecht y Theodor lo siguieron con la mirada.

–Un hombre de los que a mí me gustan –manifestó Krosick–. ¿Se conocen desde hace mucho tiempo?

Fontane, el escritor y periodista del *Neue Preußische Zeitung* –diario llamado simplemente *Kreuz-Zeitung* («Periódico de la cruz») por la cruz de hierro que aparecía en su título–, sacudió la cabeza.

–De ningún modo, el señor barón está en el país solo desde hace pocos meses. Quien me introdujo a mí en estos círculos fue Balduin Möllhausen, que, por cierto, también está aquí esta noche.

–Toda esta riqueza... es bastante notable –se le escapó a Julius asombrado.

–Notable, pero alquilada –aclaró el escritor–. El señor barón solo está aquí de forma temporal. El castillo pertenece a la familia Flemming. Observe el artesonado: un trabajo de Karl Friedrich Schinkel. Entonces todavía era joven y aún no había tenido la ocurrencia de pavimentar todo Berlín con su clasicismo.

–¿Cómo es que es usted tan experto en estas cosas?

Fontane sonrió.

–Me cito a mí mismo, joven Bentheim. Consulte usted mis *Paseos por la Marca de Brandemburgo*; creo que fue ahí donde escribí que Buckow y su castillo inducen a la exaltación, la ensoñación y la creación literaria. Pero estábamos hablando sobre Falkenhayn...

–Exacto, ¿qué sabe usted de él?

El hombre deslizó su mirada por el grupo de personas que de manera paulatina se iban alejando del ventanal, se acarició las patillas y señaló la mesa.

–Sigamos allí nuestra conversación.

Poco después, una vez que los dos estudiantes y el literato hubieron tomado asiento, Fontane retomó el hilo de su discurso. Se encontraban en el extremo de la mesa, flanqueados por dos jóvenes soldados prusianos vestidos de uniforme y un extraño tipo de unos cuarenta años, con barba voluminosa y unos ropajes como de trampero norteamericano.

–El barón es de Frankfurt –explicó Fontane–. No del Frankfurt de Hesse, sino del Frankfurt del Óder. Procede de una familia de la vieja nobleza, durante mucho tiempo empobrecida, pero el bueno de Valentin ha logrado volver a acumular y consolidar el patrimonio familiar. Ha demostrado tener buena mano al invertir en turismo. Si hubiesen llegado esta tarde, habrían tenido la oportunidad de fijarse en todas las villas de estilo Heimatstil. La mayoría de ellas son del barón. Las mandó construir hace dos años y, ahora que el ferrocarril oriental está atrayendo a multitud de excursionistas de postín a la Suiza de Brandemburgo para la temporada de verano, se está haciendo de oro.

–¿Y existe también, quizá, una bella baronesa?

Bentheim rio para sus adentros, pues había sido ciertamente inevitable que su amigo Albrecht preguntase por una mujer. La respuesta de Fontane llegó con cierta vacilación. Un criado se acercó a ellos para servir canapés y un vino berlinés ligeramente seco.

–Hubo una dama –explicó al fin–. Por desgracia, murió. Han pasado ya unos años, ocurrió cuando el barón permaneció en ultramar por un tiempo más prolongado. Pero tiene una hija, Babette, de 14 años, hecha todo un torbellino, que es la niña de sus ojos.

–Es, en verdad, una damita espléndida –tomó entonces la palabra el señor del atuendo extraño, sorprendiéndoles a todos–. Madura y juguetona a la vez; he tenido el placer de conocerla hoy.

Con un movimiento de cabeza señaló hacia la segunda mesa, en la que el barón entretenía a los otros invitados. Una muchacha con un vestido rojo de corte holgado adornado con encajes estaba sentada junto a él. Se reía con ganas, se pasaba los dedos por los rizos marrones, que le caían sobre los hombros, y se cogía del brazo de su padre, un gesto que algún que otro caballero seguía con la mirada llena de secreta envidia.

–¡Una visión para los dioses! –opinó su compañero de mesa, a quien Julius había reconocido sin dificultad como Balduin Möllhausen, el famoso viajero experto en las tierras de América y autor de novelas de aventuras–. Con los indios ya tendría edad de merecer.

–Pero...

–Es cierto, Theodor. Los mojaves hace tiempo que le habrían tatuado todo el cuerpo para después deleitarse con ella durante horas en un recodo del río Colorado.

–Los mojaves, ¿es esa una asociación a la que pueda apuntarme? –dijo Albrecht sonriendo con malicia y levantó su copa.

–¡Vaya vaya! ¡Por los mojaves! –exclamó uno de los dos soldados sentados junto a ellos y brindó con el estudiante.

La conversación siguió su curso y a lo largo de la noche se fueron presentando los unos a los otros. Julius y Albrecht conocieron los nombres de los dos militares que habían asistido a la velada: se trataba del segundo teniente

Friedrich Caspari y del capitán de granaderos Anton Birkholz, ambos del regimiento de Brunswick. El grupo se enteró gracias a ellos de que el caballero que había tomado asiento a la izquierda del barón, en la mesa de al lado, era Helmuth Karl Bernhard von Moltke, el jefe del Estado Mayor prusiano. Por lo tanto, portaba el título de «mayor general Von Moltke».

Otros invitados a la velada, a los que conocieron por su nombre, fueron Joachim Arnd, el obeso boticario del pueblo, cuyos mofletes chispeaban colorados, y Nikolaus Gruben, un hombre de negocios que se dedicaba al comercio de la seda. Junto a ellos se había colocado Hermann Goedsche, un literato con magníficas patillas y un gran bigote, pero de complexión frágil. Era algo más joven que Fontane y todos sin excepción se dirigían a él como *sir* John Recliffe, pues bajo ese pseudónimo publicaba espléndidos novelones sensacionalistas plagados de líos amorosos y situaciones peligrosas.

Durante el plato principal, en el que se sirvió un fricasé al estilo berlinés (un ragú de pollo con lengua y mollejas de ternera), Balduin Möllhausen se inclinó hacia Fontane y le dijo:

–Parece que esta noche va a ofrecerse cierto tipo de entretenimiento, de estilo más bien espiritista. Una médium hipnotizada para la ocasión contactará para nosotros con el mundo de los espíritus.

–He oído hablar de ello. Las viejas patrañas del año 1800, si me pide usted mi opinión –observó Fontane.

–¿No es usted seguidor del mesmerismo animal? –preguntó Bentheim.

El escritor se llevó el tenedor a la boca y afirmó, haciendo ruido al comer:

–Lo dicho, Franz Anton Mesmer yace bajo tierra y yo no apuesto ni un *kreuzer*^[3] por la efectividad de sus teorías.